

El día 20/5/73

# De "revolución" a cambio

\* En la terminología política del argentino común, la palabra revolución, como lo fue para nosotros, los mexicanos, y para toda América Latina durante muchos años, y en particular en todo el siglo XIX, ha denotado aún, hasta hace muy pocos días, cualquier suplantación por la fuerza de las armas de un gobierno por otro, aunque deje intactas las bases de la sociedad, aunque, incluso, signifique un retroceso económico, social o político, o en los tres campos interconectados, lo más frecuente en lo real.

Dentro de ese sentido, con cuya ambigüedad jugaban los militares apoderados de las riendas estatales —como jugaron entre nosotros en el antiguo quitaipón—, la cuartelada que en 1955 derrocó al gobierno peronista se llamó a sí misma revolucionaria y como "revolución" se le designó a lo largo de los 17 años y 8 meses en que vanamente se esforzaron sus parciales en vencer al pueblo de la legitimidad de su victoria. Era, por nombre oficial repetido en la calle sin acento crítico, por la fuerza de la costumbre, la "Revolución Libertadora" o, bien por economía del lenguaje, bien porque el argentino prefería evitar el sustantivo usurpado, simplemente la "Libertadora".

Este tipo de "revolución" tuvo a sus pies 17 años y 8 meses para demostrarle a los argentinos su triste impotencia, su fracaso rotundo. Se propuso mecanismos económicos que rectificaban las líneas de dirección estatal emprendidas por el peronismo; quiso borrar de raíz la imagen popular del justicialismo y aplicó controles políticos que segaban vías democráticas. Al final, la economía se había empantanado, el justicialismo se había fortalecido con inyecciones de savia nueva, radicalizándose al tenor de las circunstancias en desarrollo de América Latina y del mundo, y la politización popular era un torrente que amenazaba romper diques. Nadie, acaso, se atreverá ya a darle el nombre de "revolución" a empresas como la de septiembre de 1955 y las que la continuaron. Bajo su férula, el pueblo argentino profundizaba el aprendizaje del alto concepto que se contiene en la palabra revolución, en cuanto es auténtica; elevaba su conciencia.

Si algo se plantea hoy, en este punto de llegada y de arranque constituido por el 25 de mayo, es saber si esta hora de Argentina configura ya la hora de los argentinos proclamada al uso de los letrados del momento, si es la entrada a su proceso.

\* Los teóricos tienen en sus faltriqueras mentales todo el arsenal de términos filosóficos y sociológicos para demostrar que, en totalidad o en partes, el peronismo no enchufa en ninguno de los esquemas más o menos viejos o más o menos novedosos de un modelo de la revolución social conceptualizada.

Hay, sin duda, un transparente primitivismo filosófico en la concepción del mundo que Juan Domingo Perón ensaya en sus declaraciones. No se requiere ni del primitivo microscopio de Leeuwenhoek para descubrir un limitado apoyo teórico al ritual de unas cuantas ideas vagas sin vulgares,

sobre la evolución del hombre desde su aparición en la Tierra y sobre el socialismo —un socialismo ciertamente no ortodoxo, sui-géneris, hasta elemental y confuso— como salida a las contradicciones de la humanidad presente; ese ritornelo constante, digamos —para citar tres documentos ante los ojos—, lo mismo en la entrevista que concedió el 25 de noviembre, en Buenos Aires, a los corresponsales extranjeros; lo mismo en las respuestas que dio el 11 de abril, en París, después de su encuentro con el presidente Echeverría, a reporteros mexicanos, franceses y de agencias internacionales de noticias; lo mismo en el muy reciente diálogo con el director del periódico peronista Mavoría. Unas cuantas ideas expuestas en forma calcada, palabra a palabra.

\* Perón, de acuerdo, pues, no es un teórico. Pero es el caso que Perón no está a debate como teórico. Es un líder —y muy pocos, lamentablemente, pueden vanagloriarse en el mundo de hoy, en los días que corren, de ser un líder con estatura nacional—; es el líder, la levenda, si se quiere, del fenómeno político-social de masas dominante en la Argentina.

El justicialismo, como definición, es impreciso; como movimiento, es heterogéneo, más aún, contradictorio. Líder —quien tenga el antojo lo puede recordar— lo fue Lenin, pero lo fue también Adolfo Hitler. Sí, el caris-

ma es ambivalente; el mesianismo puede servir tanto para barrer como para fregar. Con todo, el líder del justicialismo, a tuertas o a derechas y haya sido lo que fuese y comoquiera que se le juzgue, en el día de hoy, precisamente de hoy, inflama a las masas con la bandera del socialismo, el socialismo nacional que se proclama en la Argentina de hoy con el derecho que tiene cada pueblo a trazar los contornos de su propia ruta. Lo más importante: las masas justicialistas que se volcaron sobre las urnas el 11 de marzo no lo hicieron en favor de un justicialismo cualquiera, sino bajo el lema concreto de la "Patria socialista"; la multitud que vitoreó el domingo, cuando Cámpora se presentó en el estadio de fútbol acompañado de Allende y Dorticós, lo hizo al grito de "¡Cuba, Chile, Allende, Fidel, Perón!".

Esto tiene significado también cuando se trata de teorizar. Los ideólogos argentinos de izquierda más concientes lo han comprendido desde hace tiempo y hoy la realidad lo confirma: en las condiciones del presente, el socialismo en Argentina será con el justicialismo, con las masas justicialistas, o no lo será. Por ahora, con Cámpora el peronista, al frente de un gobierno moderado pero con las masas en lucha atrás, como apoyo y como acicate y como presión, se inicia el cambio, la vuelta, en más favorables circunstancias, al principio interrumpido hace 18 años. Es, por ahora, apenas, el inicio del cambio; el futuro y no demasiado distante, dirá si también de la revolución. \*

EL DÍA 30 de mayo 1973